

Víctor Fernández - Barcelona

Con la muerte de Josep Maria Subirachs (escultor, pintor, grabador y escenógrafo), desaparece una de las figuras más destacadas de la escultura contemporánea, especialmente conocido por su labor en la Fachada de la Pasión del templo de la Sagrada Familia de Barcelona. En esta misma ciudad la huella del artista se halla impresa en monumentos populares como los dedicados a Francesc Macià o Narcís Monturiol. Subirachs falleció ayer en la capital catalana a los 87 años dejando tras de sí una potente producción tanto a nivel escultórico como gráfico. Su familia lo despedirá en la intimidad, aunque se prepara también un funeral público.

Nacido en el Poble Nou barcelonés el 11 de marzo de 1927, formaba parte de una familia de clase obrera. La falta de medios provocó que no pudiera dedicarse a su verdadera pasión, la arquitectura, pero no por ello menguó su interés por el mundo de la creación artística. Pronto, a los 14 años, comenzó a trabajar en el taller de un dora-

dor, pero sería de la mano de dos maestros, Enric Mojo y, sobre todo, Enric Casanovas, como empieza a formarse en el oficio entre 1946 y 1948. En ese último año cuando expone por primera vez su obra. Es este Subirachs un autor marcadamente expresionista, un escultor que no oculta ser más formal que conceptual. Todo ello se constata en los cuerpos angulosos de canon distorsionado y en el tratamiento de las texturas.

La huella de Henry Moore

Poco después, en 1950, funda junto con los escultores Francesc Torres Monsó y Martí Sabé y los pintores Esther Boix, Ricard Creus y Joaquim Datzira, el grupo Postectura, que se presenta con una exposición y un manifiesto en las Galeries Laietanes de Barcelona. Un año más tarde, el Cercle Maillol del Instituto Francés le facilita una beca con la que puede viajar a Gran Bretaña donde descubre la obra abstracta y de grandes dimensiones de Henry Moore que le marcará profundamente. Su participación en el II Salón de Octubre, celebrado en Barcelona en 1949, le concede el reconocimiento público y hasta 1957 participa en este salón ininterrumpi-

damente. Es en los años 50 cuando aparece en su producción la que será una de sus principales obsesiones. A partir del uso de líneas helicoidales se aprecia la sombra de Antoni Gaudí. También se relaciona con los círculos intelectuales y artísticos, especialmente catalanes y que dan una mayor divulgación a sus trabajos. Así lo demuestra, por ejemplo, en su colaboración con poetas como Salvador Espriu y J.V. Foix, una línea que extenderá hasta la publicación de «La sima de las penúltimas inocencias», realizado conjuntamente con Camilo José Cela en 1993.

Su escultura ha dado la vuelta al mundo. Hoy se pueden encontrar algunas de sus piezas en Seúl (Corea del Sur), Lausana (Suiza), San Julián de Loria (Andorra), Amberes (Bélgica) o Dallas (Estados Unidos). Pero es en Cataluña donde su legado es más evidente, con homenajes a Ramon Llull (Montserrat), Federico García Lorca (Cadaqués), Leonardo da Vinci (Esplugues de Llobregat) o a

los presidentes catalanes en el Palau de la Generalitat. Pero si por algo será recordado es por su labor como uno de los principales escultores de la Sagrada Familia. Criticado en ocasiones por una labor que se le encargó en 1986, Subirachs residirá en el propio templo, aislado del mundo y totalmente inmerso en el imaginario ideado por Gaudí. A su trabajo en la Fachada de la Pasión del templo de la Sagrada Familia de Barcelona le dedicará casi veinte años (1987-2005). Será la culminación de su carrera de la mano de un conjunto formado por más de un centenar de figuras esculpidas en

INTERNACIONAL
Su obra ha dado la vuelta al mundo, en países como Suiza, Estados Unidos, Suiza o Bélgica

El actual equipo constructor de la Sagrada Familia lamentó ayer la desaparición de «la aportación artística» de Subirachs al conjunto gaudiniano. Por su parte, el presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, reconoció que es autor «del mejor legado artístico y cultural catalán y español de las últimas décadas».

La fachada de la Pasión



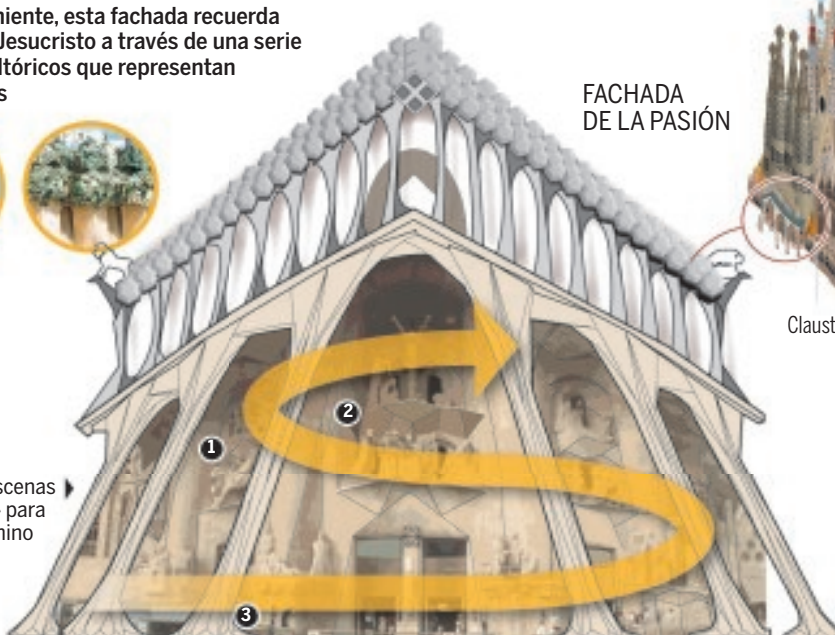
Orientada a poniente, esta fachada recuerda el sacrificio de Jesucristo a través de una serie de grupos escultóricos que representan sus últimos días



Subirachs tomó de modelo las chimeneas de la Pedrera para los cascos de sus soldados romanos

El orden de las escenas describe una «S» para reproducir el camino que siguió Cristo en el Calvario

◀ Longinos



FACHADA DE LA PASIÓN

Claustro

Baptisterio



El escultor catalán se basó en esta fotografía de Gaudí para representarlo como el evangelista que narrará la muerte de Jesús



Detalle. Criptograma con cifras que permiten 310 combinaciones que suman siempre 33, la edad de Cristo en el momento de su muerte

Infografía JM/H/LA RAZÓN

Artur RAMON*

Aquel submarino

No puedo recordar si conocí antes al escultor o la obra. En todo caso la primera imagen que asocio al nombre de Subirachs es el monumento a Monturiol en la Diagonal. Entonces vivíamos muy cerca, y yo quedaba embobado contemplando con ojos de niño la forma precisa del submarino sujeta en la forma abstracta del hormigón, trabajado como un jeroglífico

egipcio: parecía la piedra Rosetta penetrada por el artefacto de cobre del inventor. Me hubiera gustado, entonces, llevarme el objeto a casa y soñar, como Julio Verne, con las 20.000 leguas de un viaje submarino. Por esos años mi padre me llevaba al Estudi Regomir, un palacete gótico en la calle del mismo nombre, donde estaban las esculturas de Subirachs y donde nos esperaba el director del espacio, el siempre eficaz Jordi Umbert. Mientras ellos hablaban de sus cosas me entretenía acariciando la piel fría del mármol y repasaba las formas de aquellas esculturas, dibujos y pinturas que amé desde niño. Pronto conocí al artista y me pareció un hombre de

mirada muy viva, inquieto, tremendamente activo, que hablaba un catalán de dicción perfecta –inusual en muchas personas de su generación–, dibujando el gesto con las manos. Llevaba el pelo largo y de plata y gafas cuadradas de pasta negra. Solía vestir de pana y se cubría el cuello con un pañuelo: la viva imagen de un artista contemporáneo. Contrariamente a la invisibilidad que los niños suelen tener por parte de la gente mayor, y más cuando se trata de personas importantes como los artistas, Subirachs siempre se fijó en mí con un interés sincero, nada impostado, actitud que pasado el tiempo siempre mantuvo. A pesar

de la distancia de los años, desde el primer momento supe que que sintonizábamos y que el artista me quería hacer partícipe de su mundo. Me gustaba visitarlo en su casa-taller de la Arrabassada y quedaba fascinado por las obras que iba realizando, entre los bocetos, los dibujos y los libros que todo lo llenaban, y un cráneo humano que le servía de modelo, colocado sobre un estante junto a un reloj de arena. Tenía la costumbre de dedicarme sus últimos catálogos. Subirachs es el artista más generoso que he conocido. El primer escrito mío que vi publicado fue un texto de presentación para la muestra dedicada a él en los jardines Millesgarden de

Estocolmo. Corría el año 1988 y yo tenía sólo 21 años. Desde entonces hemos compartido muchas cosas: el mundo laberíntico de Piranesi, el cine, la literatura, la cultura en una palabra. Y ante sus ojos siempre me he hecho visible, siempre me ha tratado con más consideración de la que merecía. A diferencia de muchos artistas y escritores que sólo hablan de ellos mismos, Subirachs siempre me preguntaba cómo me iban las cosas, qué leía, qué escribía, qué hacía. Entiendan estas letras como una modesta manera de devolverle una pequeñísima parte de lo que él me dio.

*Galerista de Josep Maria Subirachs

Fuente: elaboración propia